

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



*Este número
contiene:*

UN CUENTO DE
CONCHA ESPINA

♦

UN POEMA DE
GARCIA LORCA

♦

UN ARTICULO DEL
CAPITAN IGLESIAS

♦

Dibujos de ARTECHE, M. ROSA
BENDALA, HORTELANO,
SANTONJA Y BILLIKEN

—

20 CÉNTIMOS

MÁS LUZ MENOS CONSUMO

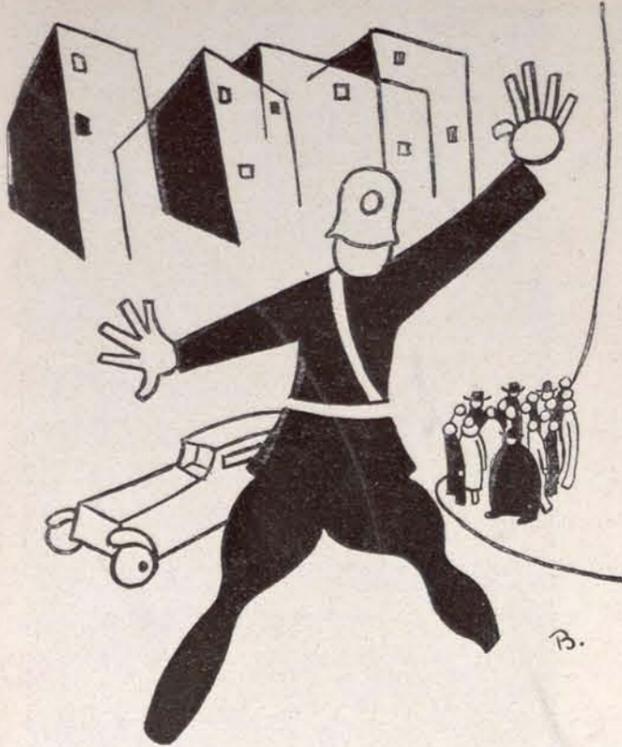


AL COMPRAR
IDENTIFIQUELA
POR SU
EMBALAJE-PRECINTO
AMARILLO

PHILIPS SUPER-ARGA

LA LÁMPARA DE DOBLE ESPIRAL

CIVIDAD



Director: VICTOR DE LA SERNA
Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:
PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID
Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año I. 26 de diciembre de 1934 Núm. 1.

LA SEMANA

4 MAY 2009



CON la mayor cortesía, CIUDAD, Revista de Madrid para toda España, tiene el honor de ofrecerse a la Prensa de Madrid, a la que saluda reverentemente y en cuya gloriosa y ejemplar historia quiere mirarse como en un espejo.

NOS parece cosa tan grave hacer un programa de lo que va a ser CIUDAD, que preferimos esperar a que se escriba nuestra historia. Aspiramos a que ella figure al lado de la de otras revistas ilustres de España, algunas desaparecidas, como aquella inolvidable *Esfera*, y otras vivas y pujantes, y seanlo por muchos años. Declaramos que esta aspiración es demasiado ambiciosa. Pero declaramos desde ahora nuestra ambición también.

POSIBLEMENTE es de ritual que siquiera un matiz de nuestro propósito quede previamente estampado aquí, en este primer número y en estas primeras líneas. Y bien. El matiz es éste: Estimamos que España es un magnífico y bello país europeo occidental engranado a una cultura y a una moral que forman la rueda maestra de la moral y de la cultura universales. Mecanismo coadyuvante, bien templado y bien fuerte de este sistema son los pueblos de lenguas ibéricas, llamados, por designio histórico indimitible, a una obra común que nos está reservada por la Providencia — en cuyo mandato creemos — y por la Geografía — a cuya llamada nos sometemos.

NOS interesa, pues, de España y del sistema espiritual que rige lo que es positivo, bello y sano, lo que constituye una esperanza para la Humanidad y lo que es ya una realidad en la Historia. El descubrimiento de lo miserable, pobre y pintoresco; la exaltación enfermiza de lo triste y sucio; la exhibición de lo derruido y caduco, de lo atrasado y de lo feo, quede para nuestros enemigos del exterior y del interior. A nosotros no nos interesa sino en cuanto debemos contribuir a que desaparezca, con la exaltación de todo lo contrario.

PROMETEMOS, pues, a nuestros lectores proscribir de nuestras páginas informaciones y fotografías que muestren, por puro placer derrotista, lo que en nuestro pueblo haya de triste y retardado. Existe, sin duda, ese trágico aspecto en la vida española, como existe en todos los pueblos milenarios. Pero cuando esos pueblos tienen una noción elevada y orgullosa de su rango, se inclinan sobre esas miserias cristianamente para remediarlas y terminar con ellas. No las exhiben cínicamente y con tono mendicante y un sentido disminuído de su personalidad.

ENTENDEMOS que lo que hay de positivo, bello y sano en España y en su circunscripción espiritual no reside en una clase social determinada, sino en todas. Y seguramente, con más abundancia, en la clase más numerosa. Por eso, CIUDAD no es una revista de "gran" mundo ni de "alta" sociedad. Lo "grande" y lo "alto" están, para nosotros, en toda España y en toda la sociedad hispánica. La grandeza de España está, para nosotros, bien alojada en la choza del pastor, en el taller del artesano, en el laboratorio del estudioso, en la biblioteca del erudito, en el cuartel del soldado, en el palacio del noble: dondequiera que un hombre sea fiel a su misión histórica en cuanto español.

CONSIDERAMOS que es una coincidencia venturosa, a cuyo signo venerando nos acogemos, el aparecer en días pascales, cuando un mundo de ciento veinte millones de criaturas adora a su Dios común en la lengua que mejor sirve para hablar con El, según la frase cesárea. Cuando un mundo tiene un Dios, una lengua y un destino comunes, hay algo que hacer.

FELICES Pascuas.

HOY...



"El Fraile Menor". — En este relato que la ilustre escritora Concha Espina ha destinado expresamente para CIUDAD, destacan el sobrio y firme trazo emotivo y las cualidades de vigor e interés que han hecho célebres sus novelas.

"Caída de los ramos".—Poema de García Lorca, de su más característico y maduro estilo. Es la primicia que el gran Federico ofrece a los lectores de CIUDAD, de su libro "El diván del Tamarit", que en breve aparecerá editado por la Universidad de Granada.



"Una aventura de Ana Pawlova en el Amazonas".—Quienes conozcan al capitán Iglesias únicamente en sus aspectos heroicos de aviador, explorador, etcétera, le conocerán como avezado escritor a través de esta crónica, en la que el fino humor de la anécdota está presente en una prosa animada y colorida.



Caída de los Ramos

Por las arboledas del Tamarit
han venido los perros de plomo
a esperar que se caigan los ramos,
a esperar que se quiebren ellos solos.

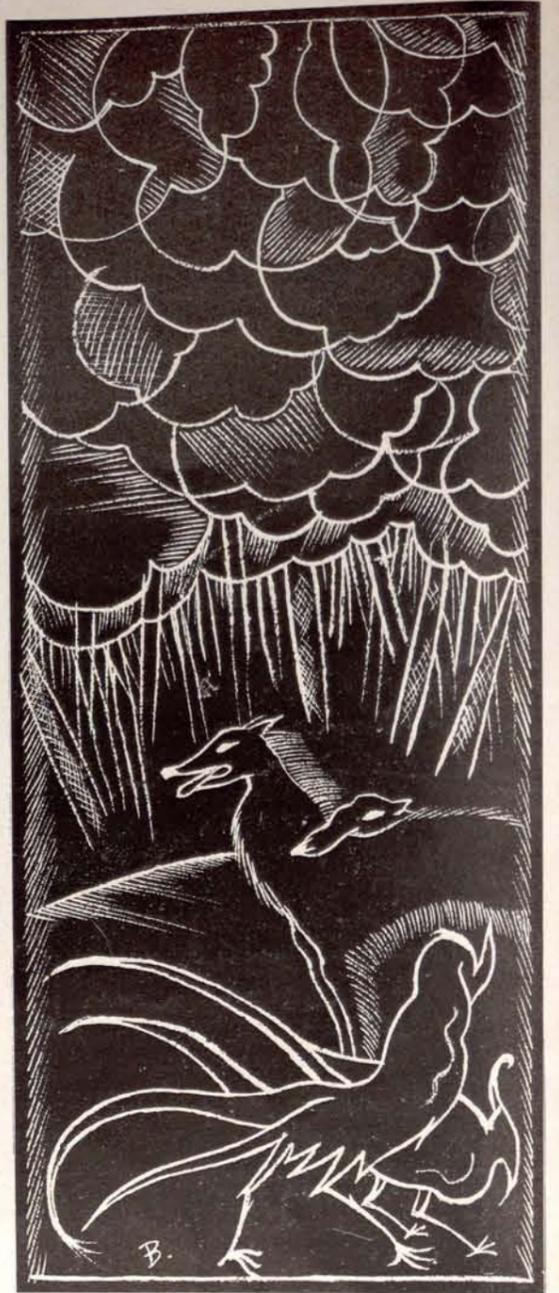
El Tamarit tiene un manzano
con una manzana de sollozos;
un ruiñón agrupa los suspiros
y un faisán los ahuyenta por el polvo.
Pero los ramos son alegres.
Pero los ramos son como nosotros:
no piensan en la lluvia, y se han dormido
como si fueran árboles, de pronto.

Sentados, con el agua a las rodillas,
dos valles aguardaban al otoño.
La penumbra, con paso de elefante,
empujaba las ramas y los troncos.

Por las arboledas del Tamarit
hay muchos niños de velado rostro
a esperar que se caigan mis ramos,
a esperar que se quiebren ellos solos.

por

Federico García Lorca



NIÑOS DE ESPAÑA

Julián Díaz
(El niño del Sanatorio)
Prohijado por el Dr. Vital Aza



Alejandro Pidal



Carmen Calvo Parada

EL FRAILE MENOR

UN CUENTO DE

CONCHA ESPINA



Está de moda el padre Villar. Ha pertenecido al mundo elegante, y se averigua con gran interés todo lo referente a su apostolado en la Congregación de Frailes Menores precisamente aquí, en esta calle de Alcalá, en un retiro alegre y blanco puesto al sol.

Las niñas "bien" se desviven por ser hijas espirituales del padrecito nuevo, y en frecuentes conversaciones se le pondera y alude. Y se le critica y censura.

Ahora mismo, al salir de los toros, hablan de él dos jóvenes maduros y cansados.

—Jaime Villar... ¡Por Dios, si le conozco mucho! ¡Si era un sibarita, un mujeriego, un badulaque..., guapo, listo, presuntuoso!...

—Hombre, sí, me acuerdo perfectamente. Desciende de los Villares de Reinos, gente aristocrática, rica... Me acuerdo, hombre...

En realidad, Juanito Gálvez, el heredero de un pingüe título, apenas reúne las palabras y las memorias y disimula apenas la indecisión de sus pasos.

—Estoy un poco...

—Sí, te mareas—define Arturo Monroy con sorna—. Vamos a entrar aquí, donde "las novicias", y te acuestas un rato... Si habíamos de venir luego...

—Es verdad.

—Después del desfile y de aburrirnos tomando cerveza en "Negresco" y masticando polvo, acabaríamos por deshacer el viaje para vivir unas horas a lo Morand.

—Pablito Morand... Tienes razón... ¡Cuánto polvo hay en Madrid!...

Y apoyado en el hombro de su amigo, Gálvez mira, con los ojos turbios, el arco rojo del Poniente, bajo el cual una polvorienta nube fatiga a la tarde, que se va cayendo con las hojas del otoño.

La Avenida de la Plaza es un aluvión de gente dominguera y bulliciosa; y los señoritos avanzan con lentitud entre los chistes ordinarios del público y los comentarios de la fiesta nacional: una corrida "súper", según dicen por allí las voces roncadas y extenuadas.

En un grupo de artesanos se levanta más el grito de las discusiones, y su alarido de tonos en la calle sobre el azul marino de las blusas. Parece que alguien ha sacado una navaja.

Corren allá algunos policías, y el nombre de los diestros que han toreado se repite y se blande furiosamente, sin materiales rasguños, mientras que una penetradora tristeza viene por encima del vaho festivo desde la carne morada del anochecer.

Se padece todo el cansancio del día que cabecea, una antigua pesadumbre que no se sabe dónde ha nacido. Muchas pupilas, íntimamente fascinadas, buscan en el cielo el hogar remoto de los astros.

—¡Al fin!—exclama impaciente Monroy, ganando la orilla derecha de los edificios.

Y entra con Gálvez en un cabaret muy exótico, decorado por telas de Batik y grandes estampas con reproducciones de Chagall.

La puerta había girado sordamente en un silencio clandestino, sin que sus cristales, de colores opacos, dejasen traslucir nada del interior, que se ensancha y seduce en una constante sorpresa hasta para los mismos parroquianos.

El mostrador altísimo, los empujados taburetes, la sala pulcra, los sofás, marginales y hondos, están desiertos. La gente que pasa y alborota por la Avenida no es público de este "American Bar", nuevo en el barrio, con misterioso cariz de mancebía elegante y cara: nadie ignora cómo hay detrás de esos tapices de Sarong unas habitaciones que sólo para los burgueses de rumbo exhalan su perfume calenturiento de adelfas y, arriba, un piso con gabinetes y camarines arcanos.

Hay que ser rico y vicioso, con todas las perversidades malignas, para frecuentar este moderno cabaret. Sus mantenedoras tienen fama de cosmopolitas: se visten espléndidamente, se alhajan como princesas, fuman enervantes cigarrillos, bailan "el último tango" y beben "el último licor". Una se llama Vera, afirma que es rusa y habla el castellano con acento catalán; otra, de nombre francés, jura en vasco cuando se incomoda; hay una madrileña que se dice gitana del propio Albaicín.

De este modo, el aspecto de castas y matices dan un raro prestigio a la singular ramera, donde tienen el orgullo de amanecer muchos depravados ilustres. Y los más asiduos han puesto el mote, blando y cariñoso, de "novicias" a las meretrices recién instaladas en este desusado pie de lujo y modernidad.

—¿Subimos?—pregunta Monroy.

Pero ya su compañero se ha dejado caer en un diván, y responde: —No habrá nadie arriba... A esta hora... Tengo sed.

Está borracho. En la Plaza ha bebido aguardiente encima del abundante coñac de la sobremesa, y el alcoholismo agudo le postra en un agotamiento y una exacerbación terribles.

Hijo tardo, que ha consumido la fecundidad de su padre, es débil por naturaleza y por educación, y vive sin voluntad ni disciplina,

dejando que le administre los cuantiosos billetes el menos aprensivo de sus camaradas: Monroy, por ejemplo, que se constituye a menudo en guía y sostén del pobre millonario. Y que en este instante le mira con tedio mientras pide una limonada.

—Es lo que te conviene—dice de mal humor, pensando: "Me voy a divertir con este imbécil, que está hecho una momia..."

Un "chef", vestido con americana blanquísima, sirve, en tanto que una joven pintada y esbelta sale por detrás del mostrador, sonríe, saluda y averigua:

—Y usted ¿qué toma?

—Un vaso de "Porter".

Gira otra vez la mampara de colores, y en el vano producido se cierne todavía el polvo dorado y gris.

Algo de aquella nube trae el que entra: calor y luz del día, atenuados: aire de marchita juventud, angustiosa como el crepúsculo.

—¿Estáis solos?—pregunta.

—Ya lo ves... Con Margot.

—Conmigo—ensalza la camarera insinuante, entornando los ojos a la sombra fabricada por el "rimmel".

El recién llegado, Luis Jordán, le vuelve la espalda, cimbreo el talle, estira el cuello escotadísimo de la camisa y susurra, con voz de tiple:

—¡Bah! Mujeres... Me aburren...

A Margot, que es bondadosa, se le oye decir "en chulo":

—¡Vaya con el pollo pera!... ¿Qué "quedrá"?

Y se acerca a Gálvez muy solícita.

—¿Está usted enfermo?

—Mareadito, pichona.

—¡Ah... ya!... ¿Quiere acostarse?

—No me vendría mal.

—Sí, llévale allá dentro, que duerma un rato, a ver si despa-bila. Y tú, ¿qué bebes, monín?—ofrece Monroy al sietemesino, que se abrocha en la cintura un botón de la ceñida chaqueta.

—¿Yo? "Pfefferminze".

—Pues venga de ahí...

Gálvez se ha marchado con la ayuda caritativa de Margot, que no tarda en volver, diciendo:

—Don Juan está roncando.

—¿Qué pelma de hombre! No se puede contar con él para nada—rezonga el amigo administrador, bebiendo y convidando a costa del ausente.

Entra un nuevo personaje: un mocetón robusto y curioso, bien trajeado, con mucha gana de divertirse.

—¿Qué hacéis?

—Aburrirnos...

Ya la puerta de la calle no trasflora ninguna claridad, y este parroquiano sonriente diríase que trae un poco de luna en la cara llena y en el pelo rubio.

La Avenida ha enmudecido; el "American Bar" se siente muy solo y forastero en el barrio apacible, entre casas modestas y silenciosas.

De pronto, sobre el sigilo de los alrededores, llega la voz de una campana que tañe, ligera como una lira. Arturo Monroy asocia con este llamamiento una conversación rota hace breves minutos, y pregunta al último cliente:

—A propósito, Losada: tú te acordarás de Jaime Villar, reinosano.

—¿El fraile?

—El mismo.

—¿Qué ha de hacer? ¡Ya lo creo! ¡Eramos inseparables... en la primera juventud!

—Que todavía colea.

—Por mi parte... amén.

—Pues esa campana..., ¿oyes?

—Sí.

—Es del convento de Villar.

—¿Qué me dices?... ¡Mira que Jaime en un convento, con hábito y corona!

—¡Y más guapo...!—aduce Margot, que atiende con el mayor afán.

—¿Le conoces?

—¡Si es mi padrecito! Me confieso con él.

—¿Tú?

—¿Por qué no?... ¿Ustedes se figuran que soy hereje?

Todos ríen, hasta el "chef", que sirve a Losada una copa de "kirsch".

Pero la camarera, muy engreída y firme, asegura:

—El padre Villar es un santo.

—Con buena prole—critica Monroy aludiendo a la moza—. Si todos los frutos de su paternidad son así...

Y se le queda mirando con sumo desdén.

—Porque "una" sea mala, y estúpida, y cobarde—responde ella vergonzosa—, no quita para que se confiese y tenga esperanzas y crea en Dios.

—¿Y en el padrecito guapo?

—También.

El "vividor" está dolido de tantas ponderaciones, del auge del antiguo compañero, que, en una nueva celebridad, se sostiene alto como un ídolo, invencible en el culto de las mujeres, cuando ya el envidioso caduca, mísero y gastado, sin notoriedades y sin ilusiones.

Pierde la mirada, inútil, en cuanto le rodea, mientras Margot se retira con aturrido mohín y la campana del convento sigue tocando.

Hay una fría desolación en el cabaret, aunque tienen los licores un tembloroso júbilo en las copas.

Más tarde la marimba dará su concierto habitual, y el repique áspero del güiro pondrá sonos estridentes en la licencia del salón, cuando esté cerrada la mampara de cristales y entornado el portallito de la esquina en un "abierto de noche" muy Paul Morand, el autor por quien deliran hoy los calaveras intelectuales de Madrid.

Entran, vestidas de señoritas, otras dos camareras que hoy estaban de holgorio, y las acompañan dos aparentes caballeros.

Para un "auto" delante del portal, y arriba suenan los tacones agudos de las mujeres, que viven entre adobos y perfumes, como las hetairas de Roma.

Se hacen junto al mostrador consumiciones caras, y Margot vuelve allí para dolerse:

—Acaso Don Juan esté malito de veras.

De pronto Monroy se aproxima a la joven acentuando su expresión osada y taciturna.

—¿Quieres ver aquí a tu padre Villar, el santo?

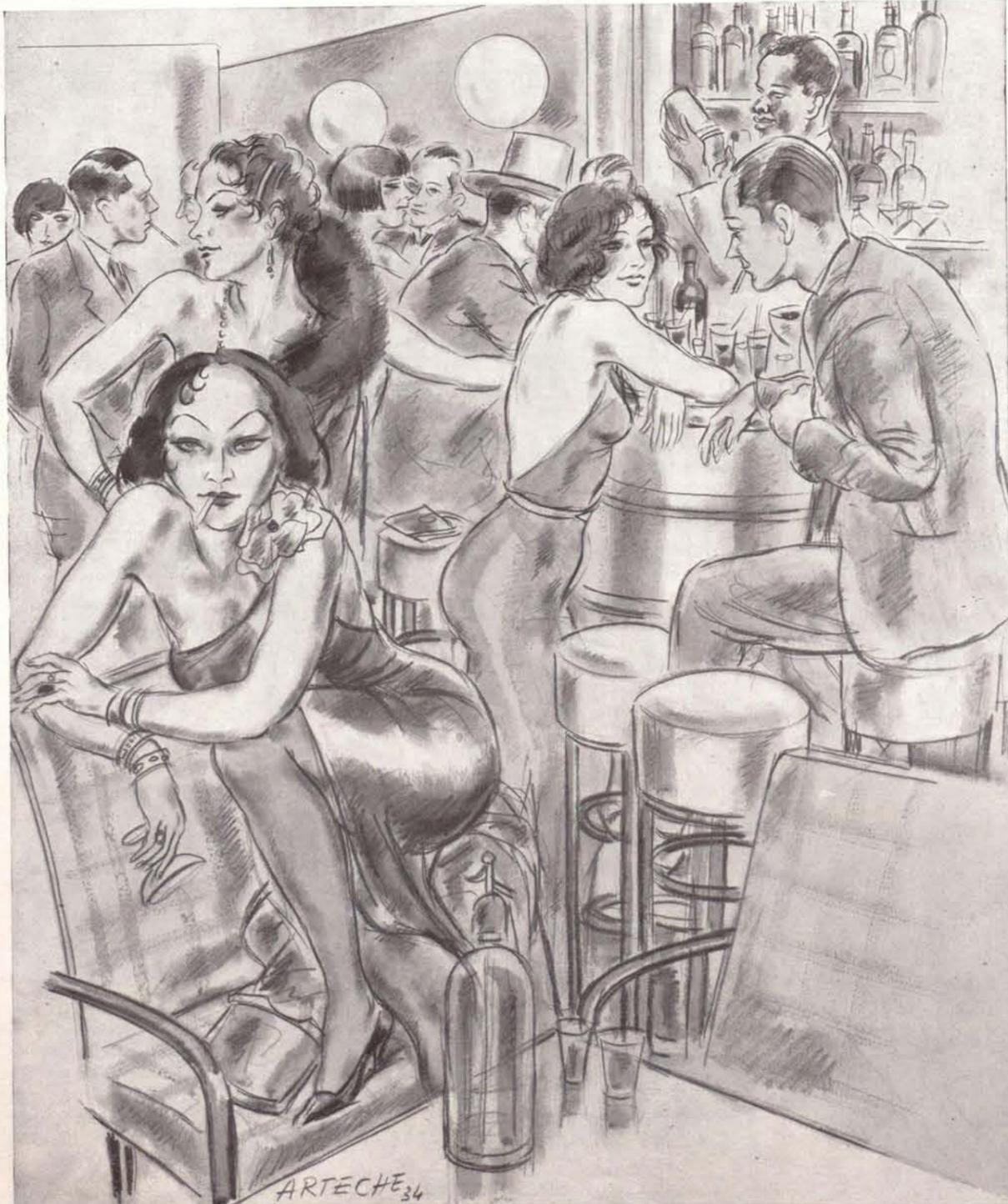
—¿Aquí?

—Sí, esta noche, ahora...

—¿Vestido de fraile?

—Con todo el equipo: tal como le admiras cuando te echa la absolución.

—No puede ser.





ILUSTRACIONES

DE

ARTECHE

Y se junta a los demás clientes, que se han aumentado con un torero de postín, un célebre actor y un hombre de negocios. Hablan, discuten riendo, y algo aprueban que les hace muy felices. Han llegado los músicos, y unos aires tapatíos inundan la sala, que aún está lejos de alcanzar su animación más escandalosa.

Este hombre sí que trae consigo el resplandor de una lumbre lejana, algo que parece caer desde la ceniza luminosa de las estrellas. Y en el ropaje oscuro, el escalofrío de la noche.

—¿Dónde está el enfermo?—pregunta cuando le hacen entrar vistosamente en el meretricio.

Se oye una salva de aplausos. Ha callado la marimba, y el fraile, bizarro, descubierto, queda en medio del salón, mientras sus pupilas, anchas y tempestuosas, lo recorren todo, sin comprender la burla del aviso que le ha sacado de la celda.

El concurso ríe, se esconden los amigos traidores del religioso, y Margot avanza, asustadiza y generosa.

—Por aquí, padre; venga usted.

Le toma una punta del hábito y le conduce adentro.

—Por aquí.

Y añade en voz chita:

—Yo le haré salir sin que nadie le vea.

Pero Monroy le quiere detener.

—¡Que confiese al moribundo!—grita desde su escondite con risa íntima y burlona.

Una ramera elegantísima empuja al fraile y le envuelve en el ánimo caluroso de sus perfumes.

—Se nos ha puesto malo un caballero, ¿sabe?

Es la rusa. El confesor la sigue a un gabinete encortinado y misterioso, donde Vera misma ignora que hubiese un hombre dormido.

Retrocede, asombrada de que se realice una mentira que entre todos urden para comprometer al sacerdote.

Y él abre la única ventana, por la cual entran la sombra y el rocío a estremecer las colgaduras y la luz, el humo tenue de un pebetero, el aire venenoso del camarín.

Luego se inclina hacia el borracho, que ya no ronca y duerme de cara a la pared, tendido en un amplio sofá; le da vuelta, le pulsa, le mira con atención en los siniestros hoyos de los párpados.

—Me habéis llamado tarde—pronuncia irguiéndose—. ¡Este hombre está muerto!

Y hace la señal de la cruz sobre el corazón para siempre callado.

La frase, brusca y breve, corre por la casa del placer con pálido terror.

El fraile, magnífico y pavoroso, lleva en los labios aquellas palabras amarillas: "¡Está muerto!", cuando cruza el cabaret para salir vistosamente, como ha entrado.

Nadie le interrumpe. Ni un gesto de vigor levanta allí los derrumbados espíritus. En todas las miradas está la luz artificial quieta como una fruta mortecina.

El puñal de una hora clava su toque en el silencio terrible, en tanto que las penitentes sandalias pisan, mudas, los umbrales del prostíbulo.

Y el fraile menor se pierde bajo la rubia melancolía de los luceros...

—¿Qué apuestas?

—¡Imposible!

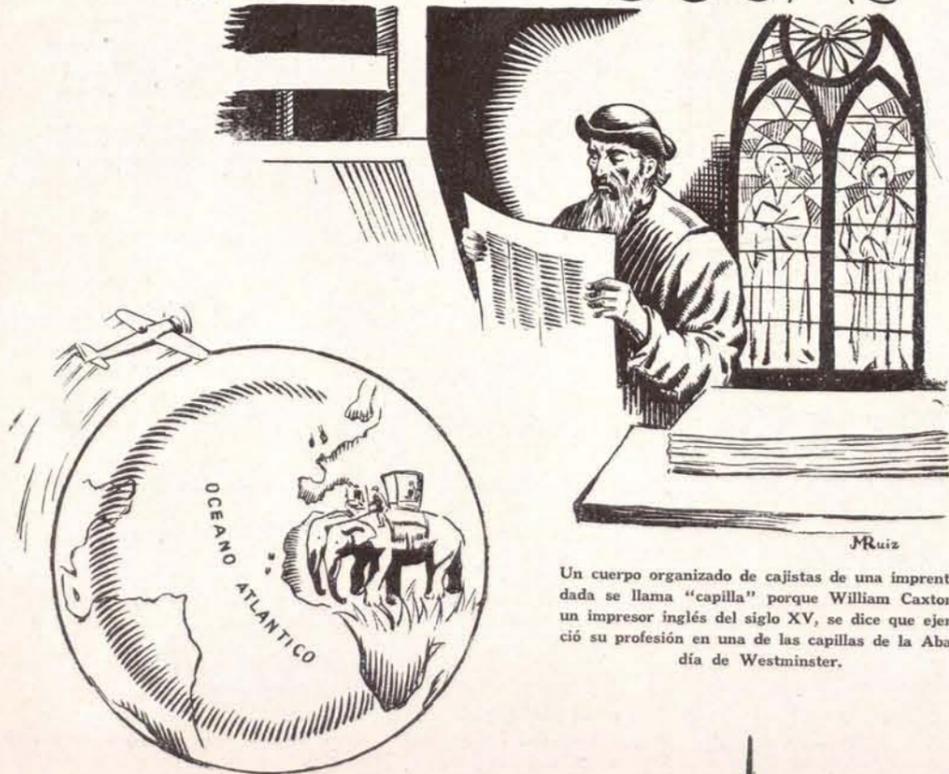
—Pues vendrá. Serviremos de testigos para que se pruebe su hipocresía, y desde esta noche podremos decir que es un parroquiano más del cabaret.

Tiene la muchacha el semblante lleno de estupefacción. En la sierpe diamantina de sus ojos, su mirar, claro y húmedo, se aturde; y hay tan delicado hechizo en aquel espanto, que el conspirador

la desconoce, desde el oro artificial de la cabellera hasta la gota de rosado barniz que agita en la punta de los dedos. Está vestida con exquisito gusto, y los pródigos tocadores de la casa no le celan ningún secreto: el blanco de cerusa para la frente, el punzón del rubí para los labios, el "Fard Indien" para las ojeras, el extracto de rosas para las mejillas...

—Me parece que la veo por primera vez—se dice Monroy, seducido a pesar suyo.

CASOS Y COSAS



Un cuerpo organizado de cajistas de una imprenta dada se llama "capilla" porque William Caxton, un impresor inglés del siglo XV, se dice que ejerció su profesión en una de las capillas de la Abadía de Westminster.

Julio Verne, el célebre novelista francés, imaginó como gran proeza realizar la vuelta al mundo en ochenta días. El aviador norteamericano Willy Post la efectuó en siete días, dieciocho horas y cuarenta y nueve minutos y medio.

Hace seis años, luego de partir de Buenos Aires el buque-escuela danés "Kobenhavn", se perdió en el Atlántico Sur con toda su tripulación, sin que nunca se hayan tenido noticias suyas y sin haberse hallado rastro alguno. En busca de indicios, tres jóvenes escandinavos están dando la vuelta al mundo en un pequeño yate: el "Ho-Ho", que en la actualidad se encuentra navegando por la misma ruta austral por la que desapareció el buque-escuela danés.



Presentará su primera producción

VIDAS ROTAS

inspirada en una obra de

CONCHA ESPINA

INTERPRETES

MARUCHI FRESNO

LUPITA TOVAR

PEPE ISBERT

FISIOGNOMIA

Cuento en una escena y un estrambote

por

EDUARDO BLANCO-AMOR

ILUSTRACIONES DE SANTONJA

PERSONAJES: EL, ELLA, EL OTRO.

(EL: Aspecto abatido de joven sabio, bordeando la treintena. Calva frontal precoz, con crepúsculo de pelambrea pajiza. Bajo las cejas peraltadas, en un gesto de atención constante, los ojos abobados y disminuidos a través de los tóricos de la miopía, encintados con grueso carey. Traje gris rata, con coderas y rodilleras. Folletos y erudiciones, con los títulos estrangulados, asomando por los bolsillos del gabán. ELLA: Avispada, impersonal y bonita, con el resalte convencional de las pinturas en los labios y párpados. Excavando en la prolijidad de los afeites, podrían, sin embargo, traerse a la superficie unos veinte años prietos, dorados, succulentos. Gruesos brazaletes y collares de baratiya. Estampa de la peliculera, con interpretación de casa de vecindad.)

(Hablan en uno de esos rincones de los coches del "Metro", que la empresa, con una insospechada comprensión de ingeniería, mandó diseñar para los enamorados.)

EL.—Te acompaño solamente hasta Sol. No quiero perder la última conferencia de ese profesor alemán.

ELLA.—Tú, siempre con tus chifladuras. Si no puedes venir, es igual. ¡Creo que no van a comerme!

EL.—¿Y qué ocurre en el cine? Cheques, robos, asesinatos, pozos de petróleo... y, al final, el beso, que es la burbuja lírica, el hipócrita anticipo que asoma a la superficie de todos los heroicos disimulos, para que adivinemos un desenlace, que suele ser un enlace, cuya delación plena sería inmoral. Hace cientos de siglos se cazaban renos o se incendiaban selvas, para llegar al refregón de narices o a la pantomima convencional que estuviere en uso, expresando un sentimiento idéntico. ¡Desengáñate! En amor andaremos, cuando mucho, en la edad de la piedra pulida.

ELLA.—No sé lo que querrás decirme con todo eso, porque cualquiera te entiende a ti. Pero no me negarás que en las películas triunfa siempre el más fuerte, el más guapo, el mejor.

EL.—Sí, que, generalmente, suele ser el más bruto. Pero detrás de esas cualidades de hermosa animalidad, externamente apreciables, la humanidad presente estudia, a fin de poder llegar algún día a encontrar el gesto interior, la verdadera condición espiritual a través de la engañosa envoltura física.

ELLA.—(Interesándose.) ¿Cómo, cómo es eso?

EL.—Que no pasará mucho tiempo sin que el rostro de las gentes nos dé la noticia exacta de su categoría moral e intelectual. Cada uno llevará colgada en su cara la ficha exacta de su temperamento y



EL.—¿Quién sabe! Hoy estás bonita hasta la antropofagia. ¿Cómo te arreglas para estar cada día más bonita?

ELLA.—¿Qué sé yo? ¡Tienes cada pregunta! En cambio, tú estás cada día más criatura, más fuera del mundo. Cuando hablas con los demás, da gusto escucharte. Y en cuanto te quedas solo conmigo, no dices más que bobadas.

EL.—Será el amor!

ELLA.—Puede que sea... Pues resulta bastante aburrido. ¿Son así todos los intelectuales cuando están enamorados o cuando dicen que lo están?

EL.—No sé: nunca le hice el amor a ninguno. Pero, probablemente, todos serán así. El amor, para los que no somos románticos, es una de tantas formas de regresar a lo simple, a lo instintivo. Y, claro, lo instintivo, mirado desde una cima de espiritualidad, se lo ve lleno de pequeñas idioteces. El amor es, quizás, la única forma noble de la estupidez, aun cuando pudiera decirse lo mismo de la filantropía, de la...

ELLA.—¡Bueno, bueno! Hazme el favor de no empezar a hablar en difícil.

EL.—Tienes razón. Te lo había prometido. En fin, hablemos de cosas simples. ¿Me quieres?

ELLA.—(Con burla.) ¡Me quieres, me quieres! ¿No tienes nada más nuevo que decirme?

EL.—Cuando estas cosas se dicen con ternura y se escuchan con agrado, son siempre las más nuevas, por no decirte que las únicas nuevas.

ELLA.—¿Y dices que no eres romántico! Así debían de hablar nuestros abuelos.

EL.—Y nuestros bisabuelos también. El amor, en su declaración teórica, es siempre rutinario, pasadista. El genio más luminoso de la palabra lo expresará, llegado el momento, con la misma media docena de vulgaridades de que dispone un boxeador, pongamos por afásico.

ELLA.—¿Cómo se ve que no vas al cine!

de su inteligencia. Cuando hayamos adquirido este nuevo instrumento de directa apreciación humana, cambiará, automáticamente, el concepto estimativo del prójimo con sólo mirarle la punta de la nariz.

ELLA.—¿Qué curioso es eso! La verdad es que, hablando, resultados impagable...

EL.—(Mirándose en el cristal.) ¡Impagable y bastante feo!

ELLA.—(Recorriéndolo con una mirada piadosa.) ¡Como feo, feo, no! Un poco raro y un algo descuidado, tal vez. Con un poco de plancha y un poco de peine... (Bruscamente.) ¿Por qué no te dejas el bigotito a lo Menjou?

EL.—¿No se me había ocurrido! En realidad, no me gusta. ¡Esos pelos ahí! No sé. Esa coquetería capilar me parece una afectación poco razonable en la gente seria. (Divagando.) ¡Y pensar que hemos tardado docenas de siglos en llegar al afeitado perfecto, símbolo evidente de civilización, para que ahora cuatro "peras"...! Sin embargo, te diré que los romanos...

ELLA.—¡Ay, hijo, ya te vas otra vez a lo difícil!... ¡Estamos en Sol! ¿No bajas?

EL.—¿Quieres que siga acompañándote hasta Atocha?

ELLA.—(Contrariada.) No veo la razón.

EL.—Si te parece poca razón la de estar un rato más contigo... Pero, si te estorbo, me lo dices francamente, y entonces... te acompaño.

ELLA.—(Con risa forzada.) ¿Por qué vas a estorbarme? ¿Qué ocurrencia! Pero como querías ir a eso del profesor alemán... (Después de un corto silencio, volviendo al tono anterior del diálogo.) ¿Así que, dentro de poco, se mira una cara y ya se sabe si es la de una buena persona? ¿Qué cómodo! ¿Y tardará mucho en "llegar" ese descubrimiento?

EL.—Es posible que pasen todavía algunos años antes que los estudios de fisiognomía, ya bastante antiguos y actualmente en plena revisión, cristalicen en un conjunto de reglas que les otorguen calidad científica indiscutible. Pero, con un poco de intuición y de

práctica, es posible hoy—ya lo hacía Lavater hace sesenta años—anticipar algunos ensayos realmente notables. El pueblo dice, desde muy antiguo, que la cara es el espejo del alma. Por otra parte, en las novelas de la escuela naturalista, siempre el autor preludiva la psicología de sus personajes describiendo, a veces con implacable minuciosidad, su rostro, sus manos, su repertorio de gestos. Más modernamente, Oscar Wilde, hablando de que el pensamiento deforma la armonía del rostro, decía: "En cuanto alguien se pone a pensar, se convierte todo en frente y nariz." En Proust, sin ir más lejos...

ELLA.—Sí, sin ir más lejos, porque cuando te dan esos ataques de cosas raras, hay como para arañarte.

EL.—Tienes razón. Hoy has tenido razón cuatro veces en quince minutos, lo cual es realmente inusitado y peligroso en una muchacha bonita. Te lo prevengo honradamente, porque la razón es cosa de gente vieja y fea. Pero, volviendo al asunto, si quieres, podemos ensayar, sin movernos de aquí, una lección práctica de fisiognomía. ¿Quieres?

ELLA.—¡Claro que quiero! A ver, empieza.

EL.—Bien. ¿Ves aquella señorita de luto, de unos treinta años...?

ELLA.—¿Y cómo sabes que es señorita y no señora?

EL.—Por la nariz, hija, por la nariz! O, si quieres, por las narices, que realmente es una nariz en plural. Con esa nariz está condenada a ser, al menos en su estado civil, señorita toda su vida. No hay editor matrimonial posible para semejante cartabón. Pero si esa nariz intransigente de ventanas en rendija, geométrica, filosa, proal, fuese una gran nariz acaballada y carnosa, denunciando sensatez de juicio, suaves maneras, tendencia a la resignación humorística e inclinación a la maternidad y a la repostería de cocina, esa señorita tendría quizás oportunidades de dejar de serlo.

ELLA.—¿Qué notable!

EL.—En el asiento, al lado de la puerta, tienes dos gordos. El de los labios gruesos, con hendidura pronunciada en el mentón y los músculos superciliares abultados sobre las cejas, de fácil movilidad, es un gordo más inteligente que reflexivo; seguramente, una buena persona indiscreta. En cambio, el otro, de boca delgada, como hecha de un corte en los tocinos del rostro, orejas chicas y desdibujadas y frente sin relieves, es un sujeto rigorista, rutinario y superficial, sin ternuras hondas ni grandes pasiones; por lo tanto, incomprensivo, puritano y mala persona. ¡Se quedaría viudo con la mayor indiferencia!

ELLA.—Pero ¿cómo sabes que es casado?

EL.—Bueno, ésas ya son deducciones de otro orden. Debe ser casado por el aire de desesperada avidez con que mira a las mujeres jóvenes. Y casado con una de esas flacas, de caballería, capaz de sepultarlo bajo un armario de luna al primer lio de faldas. En cambio, el otro gordo debe de ser soltero o, mejor, viudo, porque las mira con calma, con grave desverguenza, con documentado sosiego de un buen catador, sopesando los detalles, analizando a fondo. Es una mirada llena de posibilidades.

ELLA.—¿Y aquel muchachito tan guapo, que no las mira de ninguna manera?

EL.—Ese tiene bastante con mirarse a sí mismo.

ELLA.—¿Y aquella delgadísima, de gestos arrebatados?... ¡Ah, llegamos! Me voy volando.

EL.—¿Tan volando? ¿No quieres que te acompañe unos minutos más?

ELLA.—(Muy vivamente.) ¡No, no! ¿Estás loco? Mis tías viven casi a la salida. ¡Con lo cotillas que son! Ni se te ocurra salir...

EL.—(Ya en el andén.) Bueno, hasta mañana entonces; regresaré en el primer "Metro".

ELLA.—Adiós... ¿Y no me dices nada a mí?

EL.—Como me tienes prohibidos los piropos, en realidad no se me ocurre nada.

ELLA.—Y tú, que lees en las caras como en los libros, ¿no te dice nada la mía no siendo esas vulgaridades con las que todas se contentan?

EL.—Ya lo creo que me dice, pero no está bien que tú lo sepas. Las virtudes de las mujeres lo son mientras ellas las ignoran. En cuanto las conocen, se convierten en vanidades, es decir, en no virtudes. Además, no tenemos tiempo...

ELLA.—(Insinuante.) ¡Anda, no seas malo! Dime hoy un poquito y piensas el resto para mañana.

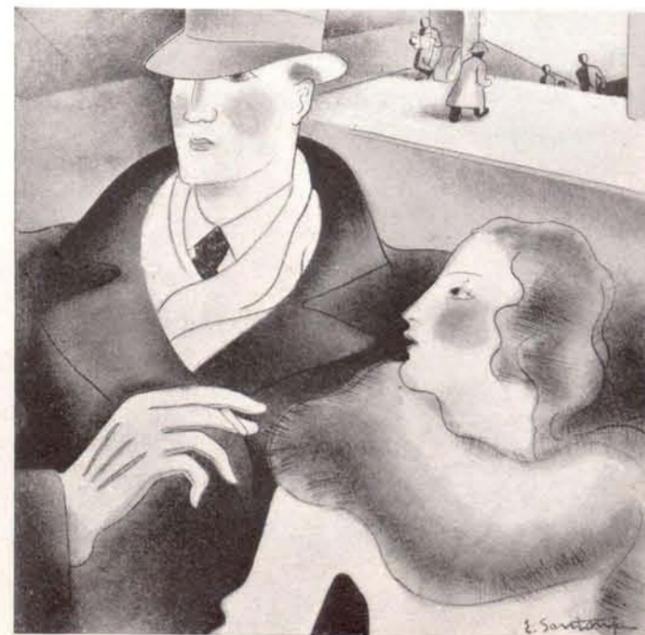
EL.—Bueno. Siempre te sales con la tuya. A ver, mírame con fijeza. ¿Qué linda eres! Estás más allá de todo análisis.

ELLA.—(Con falso enojo.) ¿Pero otra vez, pelmazo?

EL.—¡Es cierto! (Muy serio.) Pues verás: Ojos grandes, oscuros, de mirada sostenida y directa: franqueza y simplicidad de juicio, pero no ingenuidad, no confundamos. Nariz recta, de base un poquillo respingada y ventanas nerviosas: locuacidad, apasionamiento, ironía un poco violenta. Boca bien dibujada—debajo del "rouge", se entiende—, con labio superior en "arco de flecha descansado", y el inferior ligeramente carnoso: cordialidad, despreocupación, independencia de carácter. Pero lo fundamental está aquí, en el corte de la mandíbula inferior y en el mentón recogido, firme, clásico, en cierto modo varonil.

ELLA.—¿Y qué quiere decir?

EL.—(Solemne.) ¡Fidelidad! Fidelidad neta e indiscutible. El complejo de tu ficha fisiognómica se apoya en ese trazo básico, co-



mo la estatua en su plinto. Eres incapaz de simular y de fingir, y eres fiel con los demás, porque lo eres contigo misma. Tu sinceridad, casi brutal, te hace repugnar la hipocresía y el disimulo, sobre todo en cuestiones del corazón. Quiero decirte que no eres persona de andar con rodeos ni contemplacionse. Si algo te estorbase, yo, por ejemplo, me echarías con la mayor frescura. ¡Y no me has echado en seis meses...!

ELLA.—¡Ah, vamos, era por ahí la cosa...! ¿Así que estás muy seguro?

EL.—¡Y tanto! La ciencia no se equivoca jamás.

ELLA.—Bueno, hijo, bueno. ¡Estás loco! Continuaremos mañana. A las cuatro, en la Glorieta, y procura traerte un traje menos... filosófico...

(ELLA sube, con revuelo pilocromo de telas y tintineo de collares de bazar, la escalera de la estación. Una red de sol la pesca en la superficie. Miradas a un lado y otro. En el extremo de una de ellas, aparece, mojado aún por las sombras azules de un bar, EL OTRO, grande, fuerte, bien plantado. Los hombros, industriosamente alzados sobre el nivel de las clavículas por los guateados del sastré adúlón. Gabán de trabilla entera, pantalones anchos, zapatos cuadrados. Anda con balanceos gañanes de "boy" deportivo. Se acerca a ELLA, y, al saludarla con una mano en vuelo, como dicta la neocursilería de los gañanes yanquis, deja al descubierto la dentadura, de espléndida blancura zoológica, bajo la persiana de un bigotito burlón y viciosete, e inclina la cabeza, impermeabilizada por el bruñido casco cabelludo, metido casi hasta las cejas.)

ELLA.—(Arrobada y sumisa, mirándole de lleno.) He tardado un poco, ¿verdad? Me encontré con esas latosas de Fernández aquí abajo, en la estación.

EL OTRO.—¡No importa! ¿Adónde vamos? Te advierto que tengo el coche en el taller, y como tienes ese horror a los taxis...

ELLA.—Es igual. Vamos paseando un poco.

(Caminan un rato en silencio. ELLA, de cuando en cuando, le espía el perfil, inexpressivo y correcto. EL OTRO se distrae recogiendo el tributo de las miradas, redondas como monedas, que pagan los transeúntes al pasar frente al espectáculo de perfección de la pareja.)

ELLA.—(Bruscamente.) Oye, ¿qué me ves en la cara?

EL OTRO.—(Sorprendido.) ¿Yo? Nada. ¡Ah!, sí, que te has pintado más que otras veces...

ELLA.—No, hombre. ¿Qué tonto! Te pregunto qué es lo que ves en mi cara, en mis gestos.

EL OTRO.—¡Pero si yo no te miraba!

ELLA.—Bueno, pero ya me estás mirando. Fíjate bien, especialmente en la mandíbula inferior.

EL OTRO.—¿Qué quieres que te vea? A ver, levanta la cabeza... Nada, ni un rasguño. Estás guapa, como siempre. ¿Era eso lo que querías?

ELLA.—(Con reconvencción cariñosa.) ¡Bobo!

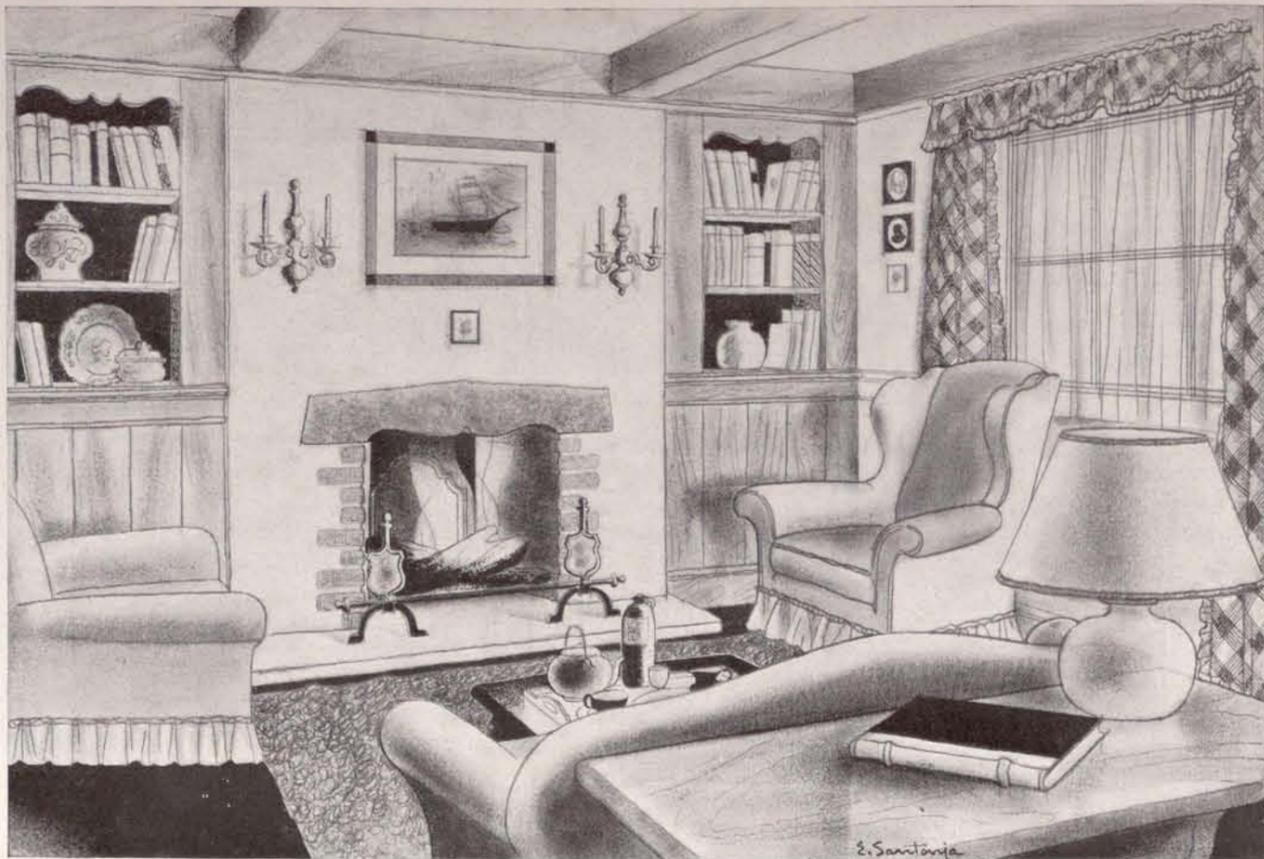
EL OTRO.—Francamente, lo único que te encuentro de raro es que pareces preocupada, menos alegre que de costumbre.

ELLA.—(Después de otro rato de silencio, como hablando para sí.) ¡Pobre muchacho!

EL OTRO.—(Semiofendido.) Pobre ¿quién?... ¿Yo?...

ELLA.—No, nada, nadie. Iba pensando...

Madrid, diciembre 1934.



EL HOGAR MODERNO

TEXTO Y DIBUJO EXCLUSIVOS PARA "CIUDAD"

Con elementos muy simples se puede alhajar un *living-room*, o sala de estar, en una casita destinada a la Sierra o en un pequeño hotel de los muchos que actualmente se construyen en los alrededores de Madrid. Este interior, ideado por Santonja para los lectores de CIUDAD, consta de un conjunto de tres piezas fundamentales, formado por el sofá y los sillones —*bergère*—, tapizados enteramente en cuero vaqueta color tabaco o en vaqueta, con el cuerpo de los muebles, el asiento y volantes de terciopelo en el mismo tono. Dos bibliotecas empotradas en el muro, en roble de veta ancha, encerado, lo mismo que la mesa y el envigado del techo, que puede ser en imitación madera. Los visillos, a la inglesa, de tul *beige*, sujetos en ambos extremos, y los cortinajes, en reps a cuadros marrón y crema. Completan la decoración dos brazos de luz, en bronce florentino, y una lámpara sobre "potiche" de fayenza o vieja vasija de cobre, con pantalla de pergamino. La chimenea, con dintel de piedra y jambas de ladrillo rústico, dará una nota de color sobre el muro de encalado arenoso. Una alfombra de nudos gruesos, color terracota, complementará la armonía de los tonos.

JEAN LAROCHE.

¡ORO!
la inspiración y
la técnica más
puras al servicio
de un tema
alucinante.
EL SUCESO DEL AÑO
EN EL
CINE DEL CALLAO

UFA

UNA AVENTURA DE ANA PAWLOVA EN EL AMAZONAS POR EL CAPITAN IGLESIAS

Leticia es más o menos un pequeño claro en la espesura inacabable de la selva amazónica. Treinta o cuarenta casas de típico aire indígena—paredes de *assaky*, techos de hoja de *caraná*—le dan aire de gran villa en las márgenes desoladas del río. Algunas viviendas modernas de pésimo gusto, con sus techumbres de cinc, y las altas torres metálicas de la estación radiotelegráfica, rompen la pura línea tropical y amazonense de Leticia. Bellas palmeras trazan en el cielo siluetas graciosas, que dan al poblado una perspectiva elegante. Las ramas llamadas *primaveras* trepan, ávidas de luz, por las cercas de las viviendas, dibujando serpientes vegetales caprichosas. Más allá del claro que sirve de solera a Leticia, la vegetación monstruosa de la selva forma una barrera feroz de troncos, bejucos y lianas enmarañadas. Detrás de ella se oye a veces el golpe seco del hacha del *caboclo*, que abre una nueva brecha en la selva inhumana y se siente caer con estrépito todo un mundo vegetal, como un cataclismo...

El Amazonas corre sin cesar a los pies de Leticia. Cada hombre tiene una canoa, que es como un largo cuchillo de madera, para abrir la piel caliente del río y extraerle sus tesoros. Enormes monstruos acuáticos, de bocas deformes, y raros peces, de extraños colores e insaciable voracidad, salen de entre las aguas movedizas y turbias por las heridas que las canoas abren, ante la mirada brillante y melancólica del *caboclo*, que amanece siempre sobre el lecho del río, sentado en la popa de su canoa, donde el sol le encuentra cada mañana. Después camina lentamente hacia su *chacra*, en la que espera la mujer con la yuca, el banano y el *pirarucu*, secado días y días al mismo sol de fuego que ha quemado sus pieles humanas. El *caboclo* arrastra su indolencia por la selva, y sueña después tendido en la hamaca. La muerte no le interesa. Entierra a su hijo, serenamente, excavando un poco de tierra húmeda, bajo palmeras gigantes y árboles que suben al cielo...

A veces el sol de Leticia se oscurece, y grandes masas de nubes arrastran sus barrigas deformes por las crestas de la selva, empujadas por un viento de furor. Entonces un diluvio de agua caliente y pesada cae sobre los ligeros techos de palmera, y el bosque todo comienza a lagrimear. El *caboclo* se mete por los mil caños e *igarapés* que la lluvia ha dibujado, y llega con su afilada canoa hasta parajes ignorados. Otras veces el sol camina por cielos azules y brillantes, que se vuelven rojos a la hora maravillosa del crepúsculo, cuando los *paujiles* lanzan su grito de dolor y el río se estremece con un temblor de carne acariciada por la brisa que baja de las quebradas frescas...

Pero la belleza suprema hay que buscarla en la noche. En las noches blancas, de cielo empalidecido, cuando la selva hierve de lujuria; cuando el grito de los monos enciende la espesura de voces humanas y las ranas desgranán el largo rosario de su canción nocturna; cuando los *bufeos* saltan sobre la piel ardorosa del río para mirar a la luna de plata; cuando el *caboclo* y el indio sueñan embrujados por el aire sensual que viene de la selva incestuosa...

Me hallaba aquella noche sobre la cubierta del barco, tendido en mi hamaca de *chambira*, viendo correr las aguas del gran río, que llevaba sobre sus anchos lomos islas espesas y bos-

ques descuajados. A mi lado el Mayor L.—aire de buen antioqueño, sonrisa irónica y mirar hipnótico—hablaba lentamente, cortando el raso de la noche con sus palabras candenciosas, que referían cosas extrañas...

—Sí—decía—. Ese hombre enfermo, envejecido, pero aún joven que usted ha visto esta mañana lleno de harapos y de miseria, que ha venido rodando por los húmedos caminos de la selva hasta llegar a Leticia en busca de un lugar hospitalario donde morir en paz, ha conocido todos los lujos y la saciedad de los hogares bañados por el chorro del oro negro... Se llama Camilo Larrañaga. Es hijo de aquel famoso cauchero que durante tantos años fué amo y señor de inmensas regiones del río Putumayo. A propósito, Capitán: le contaré una historia interesante...

—Un día llegué a Belén de Pará, el gran puerto del Amazonas, allá en los confines del río, a miles de millas de selva y de agua. Al salir del gran teatro paraense, mis ojos tropezaron con esta rara inscripción: "Aquí bailó Ana Pawlova el 23 de abril de 1919." Sorprendido por este recuerdo de la famosa danzarina, quise conocer qué circunstancias la habían empujado hasta la exuberante tierra amazónica. A fuerza de indagar, supe que la Pawlova había venido desde su trágico país, atravesando continentes y mares, para bailar en pleno corazón de la selva, allá en la encrucijada de los ríos malditos, en el caserío de "La Chorrera", propiedad del cauchero Larrañaga, que pagaba en buenos dólares este capricho de rey de la selva infernal...

"La Chorrera" cae lejos de Leticia, remotando durante muchos días los ríos llenos de fiebres. Hacienda de caucheros, centro de explotación de árboles y hombres, lugar de patronos enriquecidos por la orgía del mercado de las *heveas*, allá en los años de mi mocedad, "La Chorrera", con sus casas de madera olorosa en medio del bosque, llenas de rumberos, tribus de indios y servidumbres negras, era una Babilonia ignorada del mundo. El rey de aquellas vidas era Larrañaga, dueño y señor de las caucherías de muchas leguas en derredor. Larrañaga era un viejo gordo, barrigudo, sensual y caprichoso, hecho a mandar tropeles de bestias. Contaba los dólares por miles, bebía como la selva y jugaba matando indios...

Ana Pawlova fué esperada en Belén de Pará en medio de una maraña de batelones y canoas, por miles de *caboclos* y marineros de cobre, que lanzaron gritos de estupor cuando la figura de la danzarina apareció sobre cubierta. Círculos estrechos de labios sensuales y miradas de lujuria formaron a su alrededor un escenario de deseos y de adoración. Ana Pawlova, antes de lanzarse al infierno verde de la selva, camino de aquel

escondido paraíso adonde la llevaba el oro de un aventurero, y, quizás también, la viva curiosidad de su espíritu inquieto, bailó en el Teatro de Pará para los *caboclos* y los marineros, regalándoles su arte exquisito y la visión de su cuerpo de garza... Luego emprendió su largo viaje, Amazonas arriba, hasta llegar a las bocas del Putumayo, en una pequeña lancha brasilera. Durante muchos días se alimentó de los productos de la selva y aspiró el aroma de sus vegetaciones calenturientas. En la desembocadura del Putumayo, vía natural de "La Chorrera", un tropel de indios e indias *witotas* y *yurimaguas*, que Larrañaga enviaba expresamente, esperaban a la Pawlova para servirle de espléndido coro en sus danzas y rendirla honores de diosa...

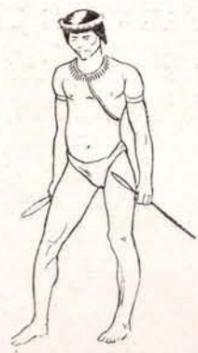
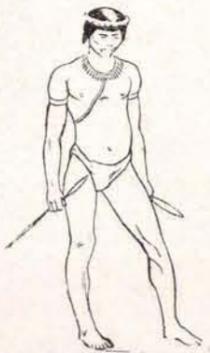
Después de muchas noches de navegación, la bailarina, siempre rodeada del cinturón humano de los indios, llegaba a "La Chorrera". Llevaba el cuerpo semidesnudo, sólo cubierto por ancha falda azul de *chambira* y adornado con un gran collar de esmeraldas. Era la hora del crepúsculo, cuando el sol es un disco de oro y la selva se envuelve en su manto verde. En "La Chorrera", una orquesta extraña, compuesta por músicos llegados de La Paz, de Río de Janeiro, de Buenos Aires, saludó a la gran señora, y a sus acordes se unieron los gritos de los loros y los guacamayos, el respirar fragoso de la selva y el estrépito de la gente, de la cauchería, que disparaba sus carabinas y apuraba la *cachaza* en orgía de locos, en señal de alegría y acatamiento al patrón...

El viejo Larrañaga, borracho como un tonel, se adelantó, oscilando su descomunal barriga. La Pawlova se acercaba, todo gracilidad y ternura. El viejo baboso soltó una carcajada de bestia excitada y tendió sus peludos brazos como una araña de la selva que quiere atrapar a una libélula. La Pawlova sintió un frío temblor, y sus ojos comenzaron a pedir auxilio. Los del cauchero eran dos lenguas secas. La bailarina, siempre rodeada de los indios, que formaban una barrera, retrocedió súbitamente ante la visión repugnante del señor de la selva. Los indios siguieron tras ella. Larrañaga lanzó un grito inhumano y, abriéndose paso entre la indiada y los rumberos borrachos, que se divertían con la escena, intentó abrazar brutalmente a la Pawlova. Un indio *yurimagua*, de ojos inmóviles y lacios cabellos, silenciosamente alzó los nervudos brazos y sujetó al patrón. El viejo descargó su terrible bastón de *huacapú* sobre la cabeza del indio, que cayó, con una brecha sanguinolenta, tendido a los pies de Ana Pawlova. Los indios restantes envolvieron rápidamente a la bailarina y huyeron con ella hacia la lancha brasilera. La tripulación *cabocla* se unió a ellos, y juntos salvaron a Ana Pawlova, que regresó poco después a Europa. Los indios *yurimaguas* juraron vengarse, y dos días después de esta escena, el viejo Larrañaga apareció envenenado en el caserío de "La Chorrera".

Todos estos detalles me los contó la india María en Tarapaca, una de las que formaban el coro de *witotas* de Ana Pawlova, hace unos meses...

El Mayor L. calló. Sobre la cubierta del barco se balanceaban las estrellas con un ligero vaivén. Se divisaba, a lo lejos, la línea negra de la selva. El ir y venir de nuestras hamacas producía un ligero crujido rítmico y, de vez en vez, un murciélagu batía con sus alas el toldo del puente...

En Leticia, enero 1934.



VIÑETAS DE CAMPOS

MODAS



COMODO Y MODERNO
ABRIGO A CUADROS EN
MARRON Y BEIGE.
GUANTES BLANCOS,
PAÑUELO DE SEDA
BLANCO Y FIELTRO
MARRON



FIELTRO Y PLUMA MA-
RRON. EL ENCANTO DE
ESTE ARREGLO SE RE-
ALZA CON UN PAÑUE-
LO MARRON CON LU-
NARES BLANCOS



MOTIVOS DE LA CIUDAD

POR MAESE BUSCON



PROLOQUIO INEVITABLE

Dos enfoques ofrecen las ciudades al mirón: uno macroscópico, y otro, microscópico. El primero pertenece al turista; el segundo, al vecino, o, si quiere el lector una palabra más engolada, al ciudadano. Para el turista, la ciudad es masa, espectáculo, cultura. Para su ciudadano, es naturaleza, entresijo, ternura. Para el uno, experiencia intelectual, y para el otro, vivencia sentimental. El turista aspirará siempre a poseerla en una mirada rápida, totalitaria, integral. (Decía Pérez de Ayala hace unos años que, hasta que no descubría una cima del pueblo o paraje visitado, le parecía no haber entrado aún en ellos.) La aspiración del ciudadano es la de poseerla en todos sus gestos, sus minucias, sus asombros y sus escombros, porque su mirada no es tanto de contemplación como de amor, y "quien añade amor añade conocimiento". Hay en las ciudades una substancia profunda que no entregan al primero que llega. Es una especie de lenta emanación que pasa de lo inerte de las cosas a lo viviente de las almas. Conjugación del hombre con su medio, recíproca influencia y modelación mutua del hombre sobre la ciudad y de ésta sobre el hombre. Así, las ciudades tienen su modo de entrega mística para quien sabe esperarlas al final de este camino de perfección, que hay que cursar leyendo su viejo espíritu en las flámulas de las callejuelas, embadurnándose con las muchas lunas de sus noches, macerando las impacencias en la blandura de sus lluvias, adiestrando la espera en las ruedas dentadas de sus vientos y en las hogueras de sus agostos, dejando que cada una de sus esquinas navegue por nuestros recuerdos como proas cargadas de vida; y sentir el piquetazo indiscreto del munícipe atrabiliario y "modernista" sobre la pared ilustre como si tundiesen en el propio pecho, y echar a rodar esperanzas alegres, como tropeles de chicos, por las calles nuevas, anchas de ambición, donde hierven la luz y el futuro con un ansia vertical y apasionada de galgar hacia los horizontes extremos, arrastrando consigo la ciudad, con las dos manos de las aceras rectas.

Esta pretende ser la Ciudad de estos motivos: ni el pintoresquismo, demasiado hurgado ya, de los costumbristas, ni el vagabundeo, no menos hurgado, de los especialistas. La ciudad viviente, con todas sus paradojas, sus tipos raros, sus virtudes, defectos, anhelos, superaciones, avances y retrocesos.

El lector disculpará si el velamen del viaje inicial de estas prosas se nos hinchó un poco de prosopopeya divagatoria. Fué solamente para acreditar cierta suficiencia... ¡por si las moscas! Pero le prometemos que esto no volverá a ocurrir.

EL DUENDE DE MADRID



Miss Kattle, desilusionada por no haber encontrado en España una España que encontrara en los libros, vino a refugiarse en Madrid para poder, al menos, disfrutar de las comodidades de la urbe. Y es que Miss Kattle viajaba por una España 1934 con libros acerca de una

España 1834. Este género de desilusiones suele darse muy frecuentemente entre los británicos que nos honran con sus visitas, a pesar de los esfuerzos que los hoteleros y las comisiones municipales de turismo hacen para

que la España actual se parezca a la que recorrió, luciendo su chaleco a cuadros, sus pantalones de trabilla, sus barbas de mártir y sus melenas de joven dios, el bueno de Teófilo Gautier hace un siglo, tripulando diligencias desportilladas, llenas de curas casposos y fumadores, de tratantes con olor a dehesa, de mozas del partido y de innumerables pulgas trashumantes. Y para sacudir el tedio de las carreteras serranas, aparecían los caballistas decimononos, quienes, con sus trabucos, sus mantas y catites, representaban ante el turista la escena *tout à fait espagnole* del atraco, con estrambote de secuestros y alguna que otra galantería para las damas.

Nada de eso encontró Miss Kattle. Pero su imaginación romancesca no se dió por vencida, porque los ingleses suelen también tener imaginación. Y la aparición del duende de Zaragoza dió nuevo pábulo a sus esperanzas. Y se acostó, tal noche como aquélla, pensando en partir al día siguiente para encontrar "su" España en Zaragoza. Y en la alta noche, entre sueños, oyó una voz misteriosa, una voz apenas sin modular, como un aullido, que venía de donde no se sabía dónde:

—¡Oooooiiiiiii!

Miss Kattle se incorporó, entre asustada y jubilosa, diciendo para sus adentros: "Duende tenemos", con aquel acento irlandés que era uno de sus mayores encantos.

—¡Aaaaaooooiiiiiii!

Las tres de la madrugada, las cuatro, y la voz tremenda:

—¡Aaaaaooooiiiiiii!

Miss Kattle se fué aterrando grandemente, pero con toda corrección y medida, como corresponde a una señorita educada en buenos internados británicos. Al final no pudo más, y pulsó el timbre con nerviosidad evidente. Comparció el sereno del hotel. El sereno del hotel no sabía inglés. Fueron despertados nueve huéspedes. Los nueve huéspedes apenas reunían entre sí cinco palabras: *good bye, mister, and thanks you*. Y la voz horribona y terrible temblando en la noche. Miss Kattle sintióse en pleno delirio mágico, y empezó a bailar las danzas del "Amor Brujo". Al fin, asomó por allí el negro cubano cantador de rumbas, que sabía inglés.

—*What do you want, madam?*—inquirió el africano.

—¿Qué voz terrible es ésa y a qué clase de duende español pertenece?

Y la voz, por veces de hombre, otras de mujer, y aun de niño:

—¡¡Aaaaaooooiiiiiii!!

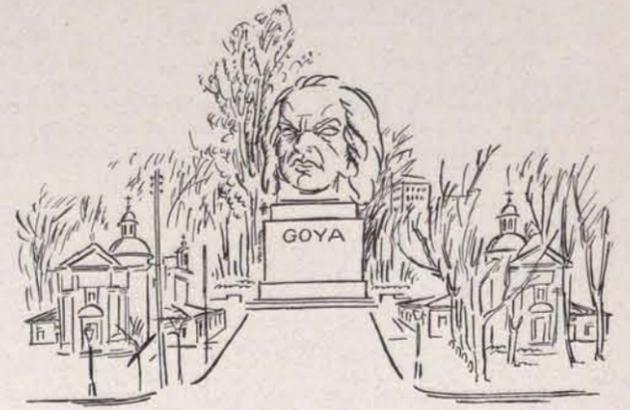
El bocotudo se asomó un momento a la ventana, y pronto volvió una cara toda blanca de dientes, devorada por la gran risa blanca de los negros.

—¿Qué duende, señora? ¿No oye usted que están gritando: "¡Lotería para hoy! ¡Para hoy! ¡Para hoy!"?

Y todo quedó en un duende apócrifo, comercial y molesto, que Miss Kattle oía con fuga de consonantes.

RIGODON DE ESTATUAS

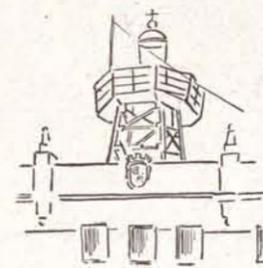
A los cincuenta años de su tránsito mortal, el general Concha va a ser trasladado a nuevo destino, en más o menos vera efigie, se entiende. Y no menos trasladada la estatua de la ex reina (y ponemos lo de ex para evitar suspiros) doña Isabel la Católica. (Lo de Católica va sin ex, y que nos perdonen los laicos.) Como ambas son ecuestres, no hay por qué suponerles demasiadas molestias, ya que pueden hacer el camino traslaticio por sus propios medios—pues, en los monumentos, el caballo y el jinete suelen formar una misma pieza—y aun hacerse una cortesana reverencia de bronce cuando se crucen en la calle. Lo que ya no sabemos cómo se va a realizar es el no menos dictaminado desalojo de la estatua de Goya de San Antonio de la Florida. Y aquí un problema de denominación estética: Una cabeza sola, ¿es una estatua? Claro que se trata de una cabeza de dos metros, naciendo de un pedestal exiguo, como la coliflor de su tronco. ¿Es una estatua o no es una estatua? Porque si le añadimos unos brazos y un pecho, continúa no siendo una estatua, sino un busto. Parece ser que lo determinativo de las estatuas consiste en que tengan piernas, sin duda en previsión de que un día tengan que trasladarse. La no estatua macrocéfala de Goya no tiene piernas, luego no debe ser trasladada. He aquí un raciocinio perfecto para uso de los concejales. ¿Pero por qué se la traslada? ¿Qué es lo que se discute?



¿Que está desproporcionada con las ambas capillas que le sirven de flebe marco? Pues que se demuelen las capillas y en paz. He aquí un raciocinio para uso del escultor.

Y que termine ya este rigodón de estatuas, impropio de una ciudad seria. ¡A ver si un día se le ocurre a la fantesía concejil trasladar el monumento de Alfonso XII del Retiro! Porque, ante un desfile tal de leones, panteras, sirenas y caballos, nada de particular tendría que las gentes se creyesen ante la vuelta del Circo Hagenbeck.

MADRID MARITIMO



DESDE muchas leguas antes de entrar en Madrid, el forastero se encuentra con una serie de alusiones oceánicas. En la carretera, al informarse del itinerario, el rústico interrogado le dirá: "Cuando usted cruce el puerto tal..." "Es posible que encuentre niebla al entrar en el puerto cual." Luego, uno se encuentra

que estas bahías de secano se llaman Navacerrada, Guadarrama, etc. Pero en Madrid le esperan al visitante una serie de sorpresas náuticas. En medio de la calle de Alcalá, una auténtica boya previene a los *autos*, con su luz roja, la presencia de no se sabe qué extraño arrecife de adoquines, que los vehículos evitan con presteza de avisadas proas. Y si alguno no lo evita, naufraga en plena calle, y allí queda escorado de un cacharrazo. Luego vendrán los buzos de la "Estación de Servicio", con unas grúas rodantes, a ponerlo a flote, etc., etc.

A lo que nunca hemos creído que llegase la presunción marítima de Madrid es a requerir y obtener de los Poderes públicos un faro auténtico, con cristales así de gordos y enviando destellos a tantas millas de distancia. Y ahí está, encaramado en una azotea de la calle de Alcalá, 82, por más señas, el gran faro, para orientar la insólita navegación de ciertos buques fantasmas que durante la noche flotan en los inmensos mares de la Mancha, con rumbo a los nebulosos puertos de las Sierras... Y otra vez, etc., para no abusar de la metáfora.

En una de estas pasadas noches, de gran temporal, desembarcamos de un taxímetro y nos aventuramos a subir al faro. Y en vez de encontrar el consabido torrero de grandes patillas, cachimba de barro y cantando aquello de:

"Feliz de aquel que tiene su casa a flote, su casa a flote..."

nos topamos con unos correctos burócratas, a quienes preguntamos, alarmadísimos, cómo en una noche tan tenebrosa tenían el faro apagado, con inminente peligro de un naufragio de camiones. Y allí supimos que estábamos en un craso error. Se trata de la Oficina Oficial Probadora de Faros, y sólo se enciende por las festividades patrióticas. España, con tantos miles de millas de litoral, lleno de puertos auténticos y de mares de agua, tiene su Oficina de Señales Marítimas en Madrid, a 400 kilómetros de la más cercana agua salada. ¡Paradojas del centralismo!, que dirían—con mucha razón—nuestros distinguidos colegas *La Voz de San Sadurní del Llobregat* y *Euzkadi-verborrea* desde sus respectivos puntos de vista estatutarios, que somos los primeros en respetar.

MADRID DE HOY: EL EDIFICIO CARRION

Suele concretarse el perfil de las grandes ciudades en una silueta previa, que ha de ir luego por el mundo de las menciones plásticas como su más seleccionado "affiche", como el grito, en idioma múltiple, de su publicidad universal. La perspectiva aérea de los rascacielos desde el Hudson es el formidable tópicos de una Nueva York de todos conocida, sin necesidad de epigrafe aclaratorio, como lo es la Avenida de Mayo, de Buenos Aires, con la gran cúpula del Congreso al final, recortada sobre los rojos del Oeste, y la Torre Eiffel o la Avenida del Trocadero de un París finisecular y dieciochesco.

La silueta del Madrid moderno llevará en su primer término el Edificio Carrión, como una proa en marcha hacia el mejor futuro de la ciudad. La mole potente y fina, participando a la vez de la técnica y del arte, está ya en la devoción de todo madrileño—podría decirse de todo español—, que la enseña al forastero, con la emoción de un ayer ya superado y la esperanza de un mañana pleno de aliento y de fe.

La técnica más avanzada se alía en este edificio con la más exacta comprensión del buen gusto, de la utilidad y de la comodidad. Su maravillosa Sala de Espectáculos—calificada como la más suntuosa de Europa—está provista de un sistema de calefacción y refrigeración que es la última palabra de la ciencia industrial. Sus juegos de luz indirecta y su perfecta acústica, además de su refinado "comfort", crean un ambiente de excepcional bienestar para el espectador. El Café Capitol en la planta baja, el Bar Americano en el piso cero y el lujosísimo restaurante en el piso octavo, son ya lugares consagrados de reunión del Madrid elegante, como lo es también su magnífico Salón de Fiestas, recientemente inaugurado, decorado con verdadero refinamiento y con gran riqueza de materiales.

Contiene también el Edificio Carrión varios pisos de Departamentos amueblados, provistos de las más modernas instalaciones—radio entre ellas—, destacando como mayor novedad de su amueblamiento, las camas empotradas en el muro, de forma que la habitación—alcoba durante la noche—puede quedar convertida durante el día en un delicioso "living-room" o cuarto de trabajo, donde la luz entra a raudales, destacando los tonos suaves del decorado y de las tapicerías.



Perspectiva del Palacio Carrión.

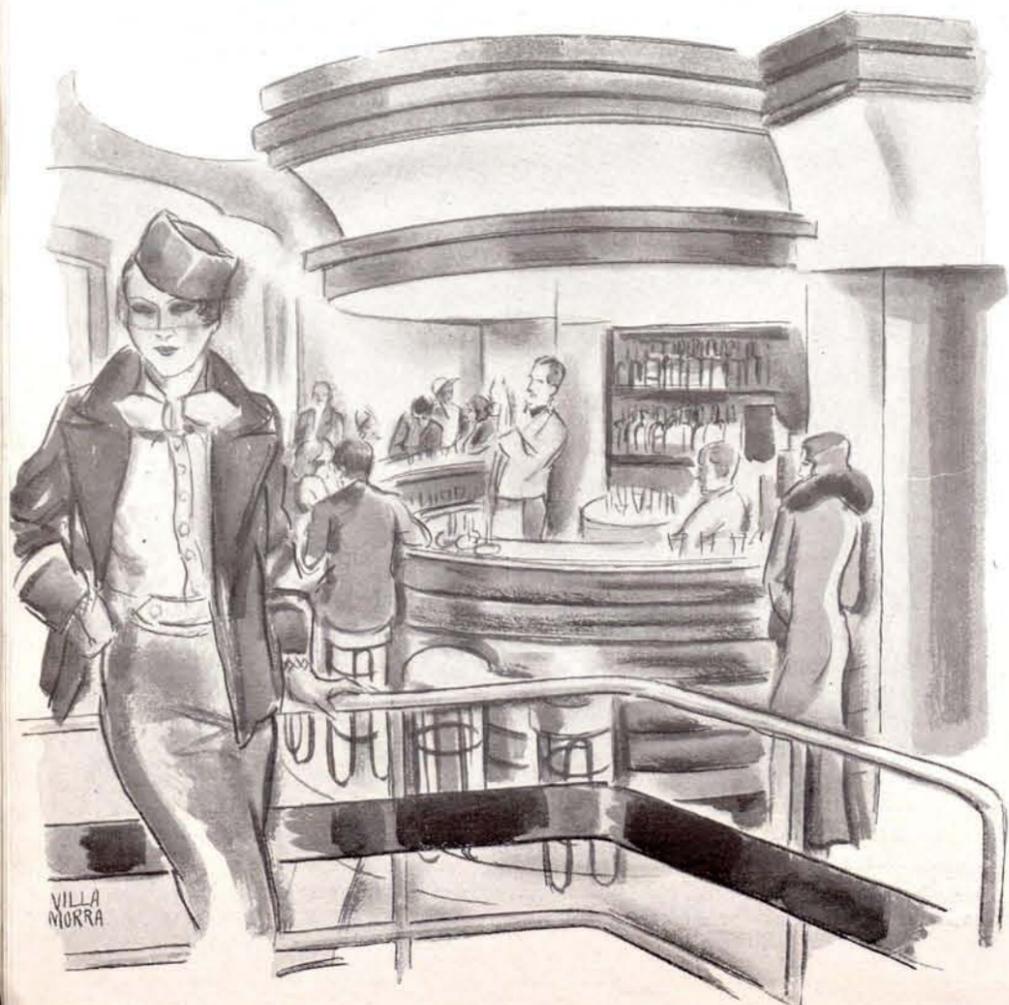


Cine Capitol.—Hall del primer piso.

La capital de España puede estar orgullosa de esta valiosa aportación a su progreso urbano. Y el magno homenaje que ha tributado Madrid hace unas semanas, a don Enrique Carrión no es más que una manifestación visible y colectiva del homenaje silencioso, cotidiano y múltiple, que todo español le tributa cada vez que, al pasar frente al edificio, lanza su mirada a escalar el esbelto gigante de mármol y cristal, que es como un rótulo de poder y de belleza puesto sobre la frente del Madrid contemporáneo.

← Bar Capitol a la hora del "Cock-tail"

Un detalle de los departamentos amueblados del Edificio Carrión. →



VILLA MORRA



LI-PING-CHIA

POR

IVAN POST

Especial para CIUDAD



Tomó las varas del *riska* y echó a trotar por el Bund. El hedor del río se intensificaba a medida que las piernas de Li se apartaban del Catay Hotel.

—¡Apura, cerdo!—le gritó el turista.

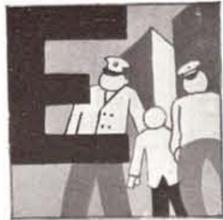
Inmutable, sin perder el ritmo de su trote, Li asintió con un golpe de cabeza. Quienes le conocían afirmaban que Li, desde hacía unos meses, tenía nubes grises en los ojos. Efectivamente, cuando el sol se perdía para la ciudad de Shanghai, Li-Ping-Chia arrastraba lentamente su carrito hasta los jardines del Bund para ir a apoyar sus brazos escuálidos y su vista cansada sobre el muro de resguardo y en la inmensidad del puerto. Soñaba. Un año atrás, su primo Cheng, que usaba con orgullo el nombre de Ricardo, se fué en el vapor del misionero español que lo bautizó. Una escuela de viaje y una carta de llegada le habían cambiado a Li la forma del mundo.

Cruzaba una y cien veces al día frente al local de la Misión; pero Li temía la bondad de los hombres blancos. Conocía además, por relatos del narrador de cuentos de su aldea, que los hombres blancos, hacía muchos años, en Pekín, la ciudad sagrada, se desquitaban demasiado expresivamente de la rebelión de los "boxers".

Li amaba el mar.

No lo conocía más que a través de la escuela y la carta de Cheng. Pero la portada de un "magazine" olvidado por un turista sobre el asiento de su *riska* le había revelado el verde de su cuerpo bajo la bendición del celeste imperial del cielo.

¡Cuán distinto era el mar a las aguas amarillentas del Wang-poo!



El maestro de la escuela aldeana habíale dicho en la infancia:

—Li-Ping-Chia, tú tienes un dragón aparte...

Li, aquel día, había encendido una tira de fuegos artificiales en las barbas del bonzo mayor, y todo el castigo de la cólera divina fué pagar su irreverencia con la muerte de su madrastra, que lo maltrataba. Ahora, mirando las estrellas de popa, colocando en los cables la ropa interior de la tripulación, Li-Ping-Chia reconoció que los maestros, así fuesen de aldea, no se equivocan nunca... salvo en las citas de los clásicos.

En una bronca del Wonder Bar, el *riska* de Li había salvado la

obesa humanidad de un capitán germano. Y, en pago a las ágiles piernas del chinito, que volaron calle arriba, surcando vehículos y policías indostánicos, allí estaba, absorbiendo por los ojos las estrellas de popa, como lavadero de un buque mercante.

¿Rumbo adónde?... Li no conocía los puntos cardinales. Para él la orientación estaba en la descripción del "amplio aro verde de agua, con techo celeste imperial del cielo" de la escuela de su primo Ricardo Cheng.



CHÓ a caminar entre aquellos dos pilares de hueso y grasa que se llamaban Otto y Hans.

Li se había hecho insustituible para el segundo y el comisario de a bordo, como cocinero, como "valet", como lavadero y planchador. Le pagaban con fuertes patadas y rudos golpes de puño. Pero Li sonreía: para eso tenía, en los ratos libres, para él solo, el aro verde del mar con la túnica celeste imperial del cielo. Luego, bien sabía que los hombres blancos que van a China a hablar de civilización no encuentran mejor manera de hacérsela comprender a los orientales que a fuerza de golpes. Y Li, fregando las cubiertas, lavando los grasientos pantalones de la marinería, cocinando sus estrafularios guisos chinos, cosiendo las desgarraduras de las tareas diarias, seguía absorbiendo de noche las estrellas de popa y, de tarde, el mar de la portada del "magazine" y de la escuela de Cheng.

Otto y Hans le habían arrastrado con ellos hacia un pueblo grande, sin ribetes de agua amarillenta, como su río Wang-poo, donde las calles eran grandes, las casas altas y los hombres blancos le miraban sonrientes. Esto era lo que más asombro le causaba a Li: aquellas señoritas, con ojos grandes como medallas, y aquellos hombres, que le dejaban pasar en silencio, mirándole atentamente, con una ligera sonrisa.

Otto y Hans se perdieron para Li. Nunca supo cómo; pero recordó que el maestro de su aldea le había dicho que tenía un dragón aparte. Li se encontró, en una esquina de aquel pueblo grande con señoritas de ojos muy abiertos que parecían saltar, con el rostro de otro chino.

Y Sung le ofreció apoyo a Li-Ping-Chia.



SI GUIENDO a Sung, caminó mucho. Llevaba sobre sus hombros dos escaparates callejeros de madera tapizada en raso rojo, que ofrecían a las señoritas de ojos negros como las noches de popa la mercancía "buena y balata" de Sung.

Su amigo y jefe le había enseñado en largas vigiliadas "bueno y balato". Y al lado de su protector, al paso de aquellos buenos hombres blancos, Li exclamaba sonriente: "Bueno y balato..."

Todas las monedas que obtenían en cambio de sus pañuelos de seda, juguetes y adornos se perdían en los bolsillos de Sung.

Pasaron muchos meses, y Li aprendió a vender solo en el idioma de aquel pueblo sin agua en su puerta.

¡Feliz mañana!... ¡Día tan grato como la tarde en que su bu-

que abandonó las malolientes aguas amarillas del Wang-poo para internarse en el mar!

—Sí... sí... bueno y balato... Sí... sí... señorita guapa, bueno y balato...

Se paró en una esquina de la Gran Vía.

—Bueno y balato... Chinito vende cosa buena pala señorita española...

—¡Limpia!...

Con su caja bajo el brazo, la blusa azul del limpiabotas se interpuso, en la perspectiva de los ojos del chino, a la Telefónica.

—Sí... sí...

Li no atinó a nada; el muchacho había colocado ya sobre la horma de madera uno de sus pies y se aprestaba a hacer correr por entre las arrugas del cuero maltrecho sus trapos y cepillos.

Li se apretó contra la pared con sus ojos fijos en el limpiabotas. Sintió que le ardían la frente, las manos, la garganta; luego experimentó un frío intenso que le hizo temblar. Dejó sus mercaderías recostadas contra la pared y entreabrió los labios como para decir algo...

No dijo nada. Un corro de chicuelos le formaron muda ronda: para ellos era pintoresco aquel bicho raro que se hacía lustrar sus rotos zapatos.

—¡Ale, "Cañita", déjales como nuevos!...

—¡Anda, tú, ten cuidado con los callos!...

El betunero les guiñaba sus ojos, semitapados por el largo cabello.

—¡Servido!...

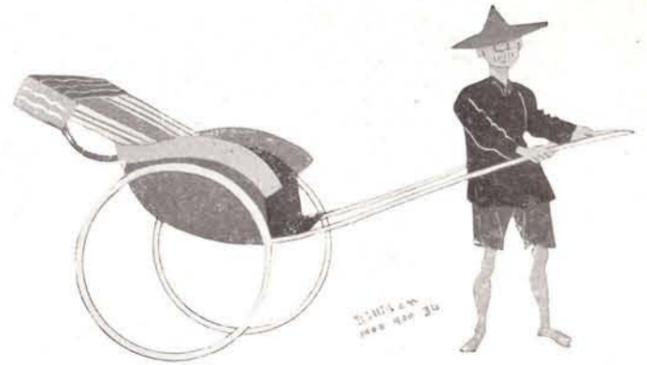
Li, atónito, se quedó mirándolos con la vista perdida. Metió sus manos en los bolsillos y sacó todas sus monedas. Volcó sobre la palma del asombrado muchacho todo el volumen de sus perras gordas y chicas. Los pilluelos se miraron entre sí.

Li tomó nervioso la madera de la cual pendían sus chucherías y se alejó rápido, receloso, mirando ligeramente hacia atrás, como temiendo la evaporación de una escena de magia que había vivido. Caminó una, dos, diez manzanas. Luego se echó sobre un banco de Alcalá. Se miró sus zapatos y en sus labios se dibujó la más radiante de las sonrisas.

¡Había tenido un hombre blanco a sus pies!

Y al ganar el cielo de la dicha, en la sonrisa de satisfacción e íntima alegría del chino vendedor de quincalla, se vengó toda una raza de orientales ultrajados.

(Viñetas de Billiken.)



JUQUETES



Eleuterio

FUENCARRAL. 14

Dens

para ser más bella

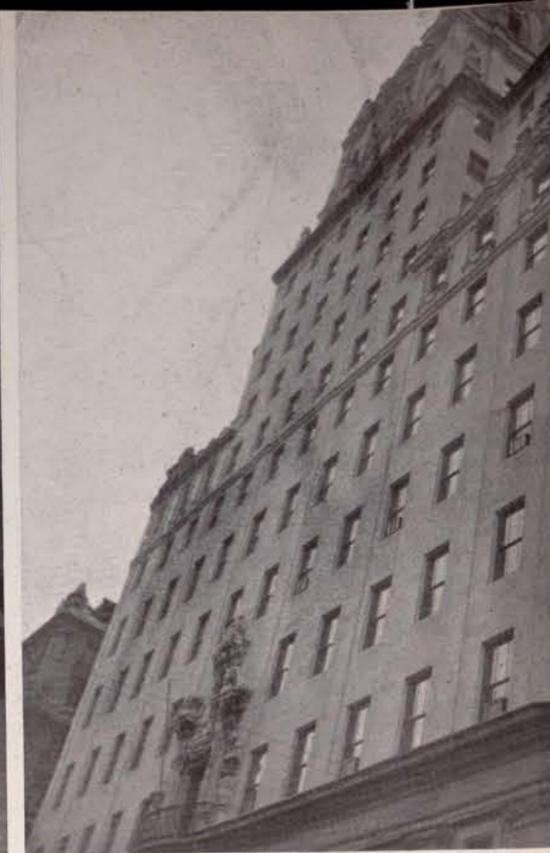
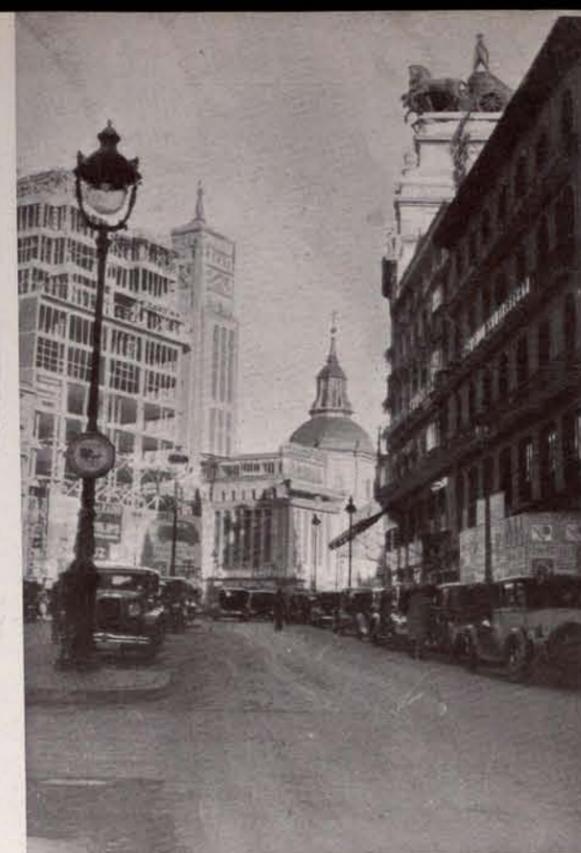
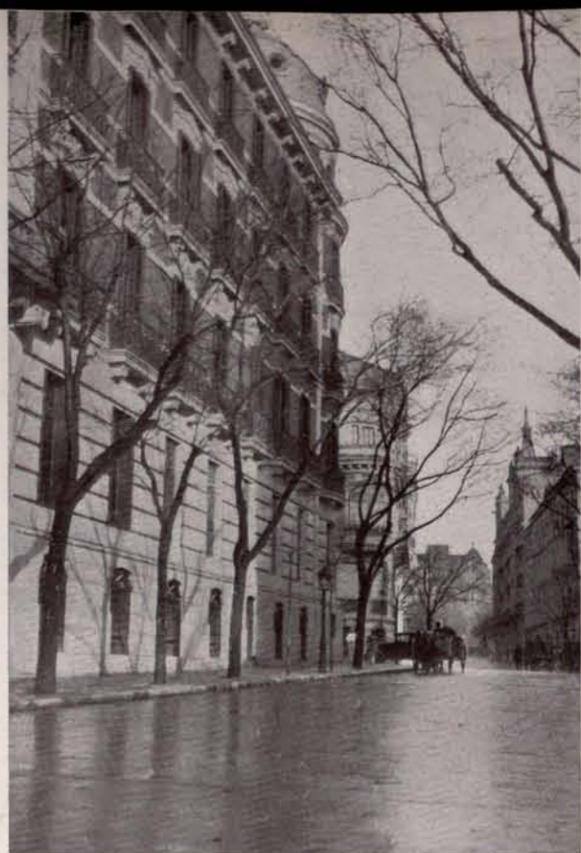
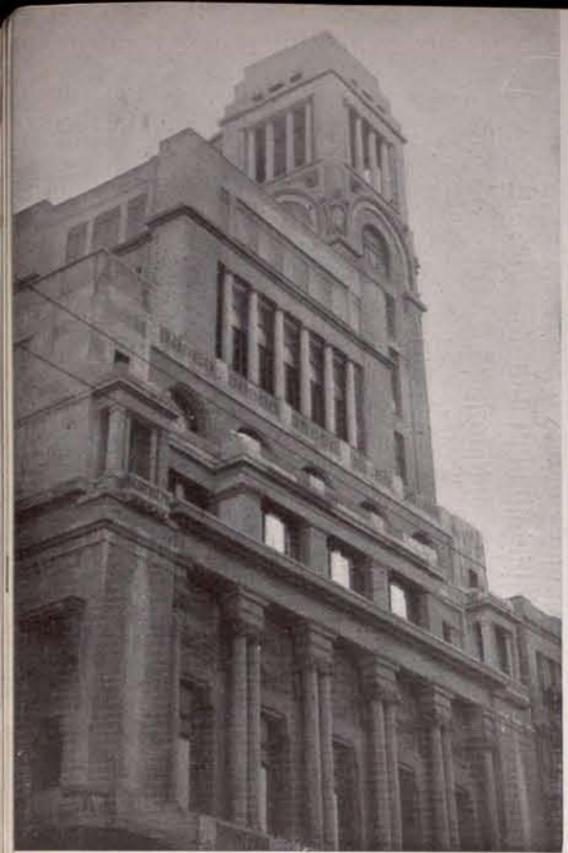
Tener los dientes perfectamente limpios, con esa brillante blancura que proporciona Dens, añade belleza a la expresión. Dens, con su dulce sabor a menta, es salud y simpatía. Toda persona práctica lo prefiere por la conocida suavidad con que limpia el esmalte, sin rayar ni atacar; la eficacia con que desinfecta la boca; la delicadeza con que perfuma el aliento. Use a diario Dens y visite una vez al año al dentista: tendrá boca sana y dientes bellos.

TUBO, 2 PTAS. PEQUEÑO, 1,25
TIMBRE APARTE



Nada tan delicado
y atractivo como mi
perfume "Lagrimas Negras"
Laura Perillos

apunte del
natural
ARTECHE 34



MADRID

Madrid, gran ciudad europea, va a interesarnos tanto como la vieja villa filipense, de torres afiladas, donde se da el prodigio arquitectónico de que una esfera se tenga bien sobre una pirámide.

Tanto. Más, no; porque cuando Madrid era capital de un Imperio tan grande como la mitad de la tierra, también era la villa de los Austrias una gran ciudad europea.

Dejamos, con el mayor respeto y sin la menor crítica acerba, para otras revistas que lo estiman interesante, el Madrid y la España de las moscas y los borriquillos morunos. No nos interesa, porque esta es nuestra posición mental y espiritual ante España: nada de lo pintoresco si no es bello y digno.

Buscaremos y exaltaremos lo señorial de Madrid y de España para enseñarlo con orgullo a Europa. Ya es bastante que los turistas de "week-end", por 10 libras esterlinas, descubran la España desconchada, analfabeta y miserable. Sabemos que España es otra cosa, y que como cifra de España, lo es Madrid.

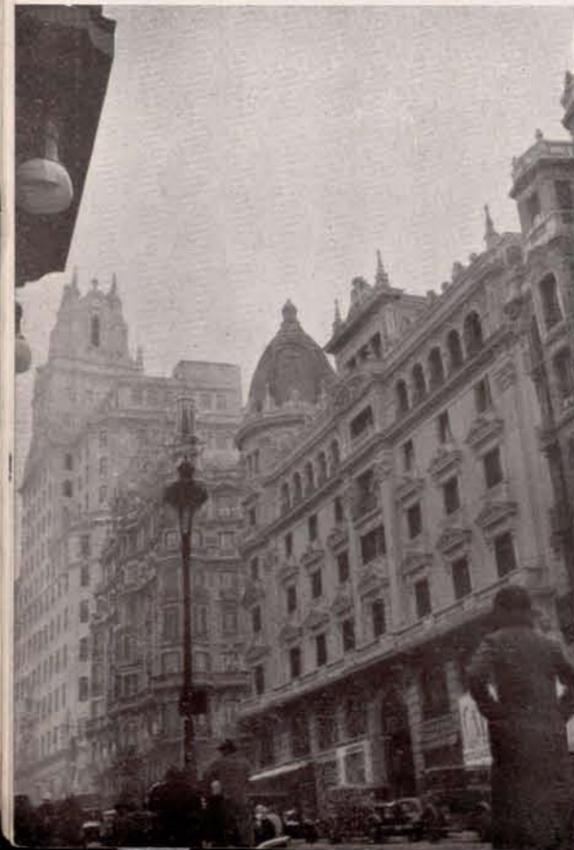
Quede claro, de ahora para adelante, que entendemos que lo señorial no es patrimonio de una clase. Sabemos que hay potentados zafios, y pobres campesinos de un maravilloso sentido señorial de la vida.

España es un país, señor, donde en el siglo XVI se encontraba en un padrón esta partida:

"Gonzalo de la Torre. Mendigo. Hijodalgo."



FOTOS DE ANGEL ARACIL. EXCLUSIVAS PARA "CIUDAD"





SEDERIAS LYON exhibe sus modelos exclusivos

Nuestra distinguida colaboradora, la señorita María Rosa Bendalá, ha tomado estos apuntes del natural, en la última exhibición de "mannequins vivants", celebrada en los suntuosos salones que las Sederías Lyon, S. A., tienen instalados en la Carrera de San Jerónimo, núm. 30, y que constituyó, esta vez como las anteriores, un verdadero acontecimiento social.

Las creaciones exclusivas de Sederías Lyon, S. A., diseñadas en esta página, se describen así:

1. De glacé negro es este vestido de *soirée*, cuya nueva línea se encuentra realzada por un gran lazo con ramiñete de flores rosadas, prendidas en el hombro.

2. Modelo de noche en "marrocaine" y finísimo encaje de color marrón.

3. Abrigo de lana negra, de sobria y elegante línea, adornado con valioso "renard". Unos cortes en la espalda afinan la silueta.

4. Vestido de tarde donde se combinan los colores marrón y verde. Este último pone su nota brillante en el pecherito y vuelta del cuello.

5. Este delicioso modeló de mañana es de angorina azul "naltier", con detalles en fieltro azul oscuro figurando lazos.